

y mas alta idea de la administracion de Cambodge que de la de Siam, porque en el mismo Bangkok para cruzar los arroyos y canales no hay mas que tablas estrechas y delgadas, ó simplemente troncos de árboles echados de una á otra orilla por los cuidados de los habitantes y no por los de las autoridades mismas.

A cosa de 2 kilómetros de Udong se levanta una especie de parapeto de tierra, en forma de herradura, que rodea una parte de la ciudad, y que tiene por

objeto oponerse en caso necesario á la invasion de los annamitas, á quienes se teme todos los años ver aparecer en la época de las grandes inundaciones.

En el camino encontramos numerosos peones que iban ó venian de la ciudad, sin duda para el abastecimiento del mercado. Habia en las márgenes miserables cabañas de bambúes, levantadas sobre estacas, que parecian gallineros, y servian de mansion á los desgraciados siameses que el rey un año atrás habia desterrado allí desde las llanuras situadas al Este del



Retrato del segundo rey de Cambodge en 1839 (hoy primer rey).

Mekong, para castigarles por una tentativa de revuelta.

El mismo dia llegamos temprano á Pinhalú, aldea situada en la orilla derecha del rio y bastante considerable. Algunos de sus habitantes descienden de portugueses y annamitas refugiados.

La ciudad de Pinhalú es la residencia de un obispo francés, monseñor Miche, vicario apostólico de la mision del Cambodge y del Laos.

Monseñor Miche se hallaba ausente, pero encontré en su casa tres bondadosos y afables misioneros que me suplicaron aguardase á que volviese, y me recibieron con la cordialidad afectuosa que tanto consuela en un pais extranjero, sobre todo cuando los que la ma-

nifiestan son compatriotas. M. Fontaine, el de mas edad de los tres, aunque jóven aun, contaba cerca de veinte años de mision. Habia formado parte de la mision de Cochinchina. Yo le habia ya visto en Bangkok, donde residió por algun tiempo antes de pasar á Cambodge. Entonces se hallaba enfermo y desconocido, pero con mucho placer mio le volví á encontrar mas vigoroso y alegre. Aquel digno eclesiástico me inspiraba una viva simpatía, pues es uno de los misioneros mas celosos.

Uno de sus colegas, M. Arnoux, no era solo de mi misma patria, sino del mismo departamento; él habia nacido en el canton de Russey y yo en el de Montbéliard (Doubs). Tenia pues un doble título á mi sim-

patía. Pertenece á la mision de Cochinchina, y habia venido de entre los salvajes stiengs para renovar sus provisiones; pero se hallaba atacado de disenteria á consecuencia de las fatigas del viaje, y no habia podido volver á su puesto con su gente. La alegría con que aquellos esforzados y entusiastas campeones de la Iglesia contaban su miseria pasada y presente me

deleitaba algunas veces tanto como me conmovia. Propio es de los hijos de nuestra valiente nacion saber sufrir y morir con la sonrisa en los labios. Cuatro dias que se deslizaron rápidamente pasé en la amable compañía de aquellos buenos sacerdotes, que tenian tanto deseo de ver á su obispo como yo de contraer con él relaciones. Sabia que hallaria en él un hombre



Paje del rey (Siam y Cambodge).

superior bajo todos conceptos, pero no podia figurarme hallar en aquel héroe de las misiones una sencillez y humildad iguales á su instruccion y á la fuerza de su carácter. Monseñor Miche es de muy poca estatura, pero bajo una apariencia enfermiza concentra una vitalidad y una energía extraordinarias. Los anales de la mision de Cochinchina, que no hace aun mucho tiempo era la misma mision de Cambodge, reservan bellísimas páginas á los actos de aquel glorioso soldado de Cristo.

No siendo aun mas que un simple misionero, fue encarcelado con uno de sus compañeros y azotado con varas, suplicio horrible que á cada golpe hace brotar la sangre y macera las carnes. Ejecutada la sentencia,

fue de nuevo conducido al calabozo á fin de renovar el tormento al dia siguiente cuando empezasen las heridas á cicatrizarse.

—Eso hace sufrir horriblemente, dijo el otro misionero á monseñor Miche, y me temo que no tendria fuerza suficiente para soportar una segunda prueba.

—Estad tranquilo, le respondió monseñor Miche, pediré que me dejen recibir los golpes que reserven para vos.

¡Y lo hizo como lo habia dicho!

Allí el misionero lo es todo para aquellos pobres cecúmenos, médico del alma y del cuerpo, juez, etc. Todos los dias dedica el obispo algunas horas á dirigir

las contiendas y á poner en paz á los litigantes. Y la paz se halla frecuentemente turbada en una comarca en que el deudor que no puede pagar á su acreedor se convierte en esclavo de éste con toda su familia.

—Tú eres mi esclava, dice un individuo á una joven que encuentra casualmente.

—¿Cómo? ni siquiera os conozco.

—Tu padre me debía, y no me ha pagado.

—Yo no he conocido nunca á mi padre; murió antes de que yo naciese.

—¿Quiéres pleitear? Pues pleitearemos.

El hombre apela á algun mandarin, al cual hace un regalo como por via de introduccion, y le promete otro; gana su pleito, y la desdichada, sin ningun género de apoyo, queda esclava de su perseguidor. Esta antigua historia de Appino y de Virginia se reproduce frecuentemente en Cambodge. No faltan mas que los virginios.

Desde que puse el pie en aquel pais, se apoderó el miedo de mis criados, y llegó á su colmo cuando les anuncié que era necesario partir para ir á visitar las tribus salvajes de los stiengs, al otro lado del gran rio. El Cambodge inspira sin duda alguna gran terrores á los siameses; las montañas y sobre todo los bosques habitados por los stiengs gozan por su insalubridad, entre los cambodgianos y los annamitas, de una reputacion análoga á la de que goza Cayena entre nosotros.

Semejantes temores no podian detenerme, y no bien recibí del rey de Cambodge la carta autógrafa que me habia prometido, salí de Pinhalú en una barquichuela conducida por dos remeros, y me dirigí al Mekong.

Al descender por el rio que á él lleva, que no tiene menos de 200 metros de ancho, quedé asombrado al ver que la corriente partía del Sud al Norte en lugar de bajar hácia el rio de que parece tributaria.

Durante cinco meses del año próximamente, el gran lago de Cambodge, el Toulisap, cubre un espacio inmenso; pero despues disminuye su profundidad conservándose al mismo tiempo casi todas sus demás dimensiones. En la época de las lluvias no son solo las aguas salidas de las montañas que se levantan al Oeste las que le llenan, sino que la excesiva plenitud del Mekong detiene la evacuacion del lago, y concluye por verter en él una parte de su escedente.

#### XIV.

Salida de Pinhalú.—El gran bazar del Cambodge.—Penom-Panh.—El rio Mekong.—La isla Kosutin.—Pemptielan.—Los confines del Cambodge.—Viaje á Brelum y á la comarca de los salvajes stiengs.

Habiendo salido á las once de Pinhalú, al llegar la noche habíamos llegado á Penom-Panh, el gran ba-

zar del Cambodge. La distancia que separa las dos localidades es todo lo mas de 18 millas. Yo casi nada tenia que comprar, porque monseñor Miche y M. Arnoux se habian empeñado en cargar mi barquichuela de arroz y de pescado seco suficiente, no solo para todo el viaje, sino que tambien para todo el tiempo que me proponia pasar entre los stiengs.

Me detuve un dia entero, á fin de ver la ciudad y hacer compras de bugerías de vidrio, alambre dorado y géneros de algodón, que debian serme útiles como objetos de cambio con los salvajes.

Penom-Panh, situado en la confluencia de dos grandes rios, contiene unos 10,000 habitantes, casi todos chinos, sin contar una poblacion flotante, que es al menos doble. Esta se compone de gentes venidas de Cambodge y sobre todo de Cochinchina, que viven en sus buques. Era la época en que muchos pescadores, de regreso del gran lago, se detienen en Penom-Panh para vender allí una parte de su pescado, y en que una multitud de otros mercaderes se hallan allí atraídos para comprar algodón, cuya cosecha se hace antes de las lluvias. Despues de haber recorrido la ciudad, larga y sucia, llegué á una eminencia en cuya cúspide se ha construido una pagoda sin belleza ni interés, pero desde la cual la vista descubre una gran parte del pais.

Por un lado se desplegaban, como dos largas y anchas cintas, el Mekong y su afluente, en medio de una inmensa llanura arbolada, y por el otro se veia tambien la llanura y habia tambien bosques, pero cerrados al Sur y al Noroeste por pequeñas cordilleras de montañas.

Aunque por Penom-Panh transitan frecuentemente misioneros, no dejó mi presencia de escitar la curiosidad del pueblo. La guerra de Cochinchina era el objeto de todas las conversaciones y preocupaba todos los ánimos. Muchos pobres pescadores cristianos, que habian venido del gran lago, no se atrevian á regresar á sus lugares, porque sabian que en todas las aduanas se les obligaria á pisotear la cruz, y aguardaban allí noticias de la paz que, segun se decia, estaba próxima á firmarse. Por otro lado, lo que referian los chinos y los anamitas que habian visto la toma de la ciudad de Saigon habria tal vez halagado el orgullo de un francés. Yo no habia leído los gloriosos partes del almirante, y oia con dolor que se nos trataba de bárbaros, y que haciendo recaer sobre todos la responsabilidad de hechos parciales, inevitables sin duda en tiempo de guerra, y sobre todo en un pais en que el soldado sufre la influencia del clima y todo género de privaciones, aquel pueblo, el mas corrompido tal vez de todo el Oriente, parecia asombrarse de no hallar entre nosotros hombres de una superioridad moral tan incontestable como nuestra superioridad intelectual y física.

Al dia siguiente, bajando por el rio hasta la estrechidad Sur de la ciudad, columbramos otra ciudad flotante, compuesta de mas de quinientos buques, la mayor parte de dimensiones bastante considerables, que servian á algunos mercaderes de almacen y á otros de residencia. Allí dejaban por prudencia todo su dinero y la mayor parte de sus mercancías, á fin de hallarse dispuestos á zarpar al primer grito de alerta.

Algun tiempo despues bogábamos por las aguas del Mekong, que solo empezaba á crecer, pues en todo el pais habia sido la sequía estremada y se habia retardado mas de dos meses.

Aquel gran rio, cuyo nombre significa «madre de los rios,» me recordaba mucho el Menam, á algunas leguas al Norte de Bangkok; pero su aspecto es menos alegre, si bien hay algo de imponente en su mayor masa de agua que corre con la rapidez de un torrente. Unas cuantas embarcaciones, que apenas se distinguen desde una á otra orilla, navegan por él perrezosamente; sus márgenes, que en tiempo ordinario tienen de 6 á 7 metros de altura, parecen casi desiertas, y los bosques no se destacan sino á la distancia de mas de 1 milla.

A lo largo del rio de Siam, el elegante follaje de los bambúes y de las palmeras se dibuja graciosamente en el cielo azul, y el canto de los pájaros resuena de una á otra orilla; bandadas de marcoplas que saltan fuera del agua y corren olfateando el viento, pelicanos que se sumergen en la corriente, ó bien cigüeñas y garzas reales que al aproximarnos huian silenciosamente de en medio de los cañares, eran los únicos objetos que nos distraian de nuestra penosa navegacion.

Pasamos por delante de la grande isla de *Ko-Sutin*, que dista á lo mas 40 millas de Penom-Panh, y á la cual sin embargo no llegamos sino despues de cinco dias de marcha difícil y laboriosa. En todos los recordos del rio era tan fuerte la corriente, que al mismo tiempo que teníamos que redoblar nuestros esfuerzos remando, nos veíamos obligados á asirnos de los juncos de la orilla para no ser arrastrados hácia atrás.

Cuanto mas se sube hácia el Norte, mas rápida se encuentra la corriente, por lo que en la época de las grandes aguas no se anda diariamente mas que 1 ó 2 millas, y los remeros van á pie con frecuencia por la noche á buscar fuego al punto en que han cocido el arroz de la mañana.

A las 25 ó 30 leguas al Norte de *Ko-Sutin*, en los confines del Laos, empiezan las cascadas y cataratas, que obligan á abandonar las barcas para tomar piraguas que con frecuencia hay necesidad de trasportar en hombros, lo mismo que el equipaje para pasar adelante. No me detuve en *Ko-Sutin* mas que algunas horas, y sin mas objeto que el de apretar la mano

á otro campeón de la civilizacion, M. Cordier, sacerdote de mucho mérito, provicario de la mision de Cambodge, que tiene en aquella isla su residencia.

Apenas entré en la pobre capilla que él mismo hizo construir, esperiménté cierta compasion hácia aquel hombre digno, al ver la miseria y desnudez que reinaban en torno mio. Tres años hacia que el pobre misionero estaba padeciendo una disenteria que se habia hecho crónica, y sin embargo no se quejaba de su miseria ni de sus enfermedades, sintiendo solo que fuesen tan pocos los cristianos que estaba llamado á bautizar, porque los cambodgianos están muy adheridos á sus ídolos.

—¿Pero sabeis á dónde vais? me dijo. Me asombra que os hayan dejado pasar de Pinhalú. Preguntad á los cambodgianos el concepto que les merecen los bosques de los stiengs, y proponed á cualquiera de ellos que os acompañe. Ninguno os seguirá. Han empezado las lluvias, y vais al encuentro de una muerte casi cierta, ó al menos de una calentura que os hará padecer durante muchos años. Yo conozco esta calentura, yo la he pasado, es la calentura que llaman aquí juncaria, espantosa, terrible. Hasta la punta de las uñas sentia un calor que no puedo llamar sino infernal, á que sucedia un frio glacial que nada podia disipar. Por lo comun el atacado sucumbe en una de sus accesiones, como han sucumbido muchos compañeros que podria nombraros.»

Estas palabras eran poco tranquilizadoras. Pero yo habia trazado mi itinerario, sabia que aquella peligrosa region contenia conchas terrestres que no me seria posible encontrar en ninguna otra parte (1), y que aquella tribu de salvajes casi desconocida me ofrecia un estudio curioso y de sumo interés. Nada mas necesitaba para seguir adelante. Me confié á la buena Providencia, y proseguí mi camino recibiendo estas últimas buenas palabras de M. Cordier:

—¡Que Dios acompañe al pobre viajero!

Doce millas mas arriba, tuve que dejar mi barca para tomar el camino de tierra. Partí á las dos de la tarde, esperando llegar en aquel mismo dia á *Pemptielan*, aldea grande en que reside el mandarin á quien iba dirigida la carta del rey. Sin embargo, hasta el dia siguiente á las once de la mañana no llegamos allí, y pasamos la noche al pie de un árbol, al lado de una grande hoguera.

Fuí en seguida á ver al mandarin que administra toda aquella parte del pais. Me recibió muy bien, á pesar del poco valor que tenian los regalos que le ofrecí. Dió inmediatamente orden de que se me preparasen carrromatos, y despues me ofreció una provision de tabaco, de arack y de betel. Era un hombre apacible y bastante distinguido en sus modales, com-

(1) De allí son los hermosos *Bulimus cambogiensis* y el *Helix cambogiensis*, y tambien el *Helix-Monhoti*.

parándolos con los de la generalidad de los cambodgianos; me pidió noticias de la guerra de Cochinchina, algunas de las relativas á Europa; me preguntó cuánto tiempo se necesitaba para llegar á ella, etc.

Al partir de Pemptielan, nos metimos, para no salir de ellos sino á muy raros intervalos, en espesos bosques, y tuvimos que pasar las primeras horas que seguían á nuestra partida en lodazales en que nuestros miserables carromatos se atascaban y hundían hasta los ejes, y de los cuales no pudieron los bueyes sacarnos sino con el auxilio de nuestros hombres. La últi-



Jefe de aldea stiang.

po nuestros vestidos húmedos, y para colmo de desventura, mis dos criados cayeron enfermos con calenturas intermitentes. El anamita sobre todo cogió una terciana que no pudo cortar hasta los diez días.

Llegamos á Pump-ka-Daye, srok ó lugarejo en la extrema frontera, habitado por unos veinte stiengs que se han aproximado al Cambodge para esceptuarse de la esclavitud en su tribu. Nuestros carromatos se detuvieron delante de un parador abierto á todos los vientos, y despues de haber descargado nuestros bagajes, mis conductores se escurrieron con mas prontitud que habian venido.

No tardó en presentarse el jefe del srok seguido de algunos hombres. Tenia la fisonomía de salvaje y el carácter de cambodgiano. Le presenté mi carta, y me la devolvió diciendo que no sabia leer.

—Hé aquí, le dije, cuál es su contenido:

ma parte del viaje fue mucho mas agradable; á medida que subíamos, el camino se iba haciendo mucho mas seco y compacto y el aspecto de la naturaleza mucho mas variado.

No habíamos podido hacer mas que 20 leguas en cinco días, y nos faltaban cerca de 30 para llegar á Brelum. Lo que mas me pesaba era la mala voluntad de los lugareños que me alquilaban bueyes y la calma de estos. Cuando por la noche no teníamos asilo, la lluvia y la humedad nos hacían sufrir mucho. Conservábamos casi constantemente pegados al cuer-

—Es una órden del rey á todos los jefes de las poblaciones del tránsito en que me detenga, mandándoles proporcionarme carromatos para continuar mi viaje, y voy á Brelum.

—No tenemos carromatos, fue su única respuesta.

Nos instalamos lo mejor que pudimos aguardando el día siguiente. Una nueva conversacion con el mismo jefe me convenció de que no sacaría de él ningun partido. Resolví enviar á Niou, acompañado de dos cambodgianos, con una carta á Brelum para M. Guilloux, y aguardar la respuesta. Esta llegó cuatro días despues por la tarde, y en ella el padre Guilloux me aseguraba con la mayor cordialidad que sería bien recibido, que le inspiraba interés y me amaba antes de conocerme, aunque no fuese mas que por haber tenido el valor de llegar hasta allí. El buen padre me envió tres carromatos de la mision y algunos de sus anamitas, é igualmente dos stiengs para

ayudarme á llegar hasta donde él estaba. Su carta me tranquilizó completamente respecto del temor de que pudiese ser un huésped importuno y molesto para el pobre ermitaño que iba á sorprender en su retiro.

Partí pues con confianza y alegría. Nos faltaban dos largas jornadas de marcha para llegar á Brelum. Acampamos una noche cerca de un torrente, encima de nuestras esteras, alrededor de una buena hoguera para alejar los huéspedes feroces que abundan en



Afluente del rio Mekong y del canal del lago Tuli-Sap.

aquellos bosques, y la segunda en una cabaña abandonada, á algunas millas de Brelum, hasta que por fin el 16 de agosto, á las nueve de la mañana, nos hallamos en un espacio claro que tenia de 250 á 300 metros cuadrados. Estábamos entre dos eminencias cuya base se hunde en una profunda ciénaga. En la altura opuesta, percibí dos largas casas de bambúes cubiertas de bálago y rodeadas de un jardín, y despues destacándose en el cielo, encima de los bambúes de las inmediaciones, la modesta cruz plantada hacia dos años en medio de aquellas espantosas soledades por dos nobles franceses. Era la mision de Brelum.

Nuestra aparicion fue saludada por varias descargas de fusilería, á las que contestamos lo mejor que

pudimos, mientras en medio de aquel estrépito de fuego graneado, repetido por el eco del bosque y muy á propósito para hacer entrar en el fondo de sus cavernas á todos los monstruos de las cercanías, el pobre padre Guilloux, con las piernas cubiertas de úlceras de mal carácter, resultado de las correrías á que le arrastraba su celo y que le habian sepultado en el lecho del dolor por espacio de mas de seis meses, se dirigia vacilante á mi encuentro pasando por encima de los troncos de árboles que á guisa de puente estaban echados sobre el pantano.

—¡Salud, noble hijo de nuestra querida y bella patria! ¡Salud á tí, que desafías la miseria, las privaciones, las fatigas, los dolores y hasta la muerte